

¿"ACARREADOS", "SEGUIDORES", "CLIENTES", O "ELECTORES"?

**LA GEOGRAFÍA DE LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL, Y LA DIFERENCIACIÓN SOCIO-  
DEMOGRÁFICA DEL VOTO, EN LAS ELECCIONES FEDERALES DE 1991-2012 EN MÉXICO <sup>1</sup>**

Willibald SONNLEITNER (CES-COLMEX)

*De la impugnación de la calidad técnica de las elecciones, al cuestionamiento de la  
calidad del voto [A modo de introducción]*

Como en 2006, las elecciones presidenciales de 2012 en México desembocaron en un tenso conflicto postelectoral. Pero, a diferencia de lo que sucedió hace seis años –cuando el objetivo central de las impugnaciones consistió en un recuento “*voto por voto, casillas por casilla*”–, este año lo que se cuestionó fue la calidad misma del sufragio –cuya libertad, igualdad, autonomía y autenticidad se violó supuestamente mediante diversas prácticas de manipulación e inducción, compra y coacción del voto–. Concretamente, uno de los agravios más polémicos se enfocó en las características del voto rural. Como lo denunció Andrés Manuel López Obrador (AMLO):

La compra del voto se dio prácticamente en todo el país pero fue más acentuada en las zonas donde viven los más pobres de México, en especial en el medio rural. En estos lugares se registró el mayor nivel de participación ciudadana del país, contrario a lo sucedido en las anteriores elecciones presidenciales [...] Para la obtención de estos votos, el candidato Peña Nieto y su partido, entregaron dinero en efectivo, comida (pollos rostizados, carne de res y de cerdo), materiales de construcción y otras dádivas, aprovechando la pobreza extrema de millones de mexicanos que carecen hasta de lo indispensable. [...] Éste es el gran tema en esta elección: el comercio con la pobreza de la gente.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Trabajo preparado para el *SIMPOSIO ESPACIO ALACIP*, realizado en el marco del *SEPTIMO CONGRESO LATINOAMERICANO DE CIENCIA POLÍTICA* de ALACIP, 25-27 de Septiembre de 2013, Bogotá, Colombia. E-Mail: [wsonnleitner@colmex.mx](mailto:wsonnleitner@colmex.mx)

<sup>2</sup> Citado textualmente del último punto del “decálogo” de AMLO, en “López Obrador presenta el decálogo de “fundamentos básicos” para anular la elección presidencial”, Redacción de Sin embargo, con base en un cable de Notimex, 07 de agosto de 2012, 23:50.

Una lectura somera de los resultados electorales confirma esta percepción: mientras que en las secciones urbanas Enrique Peña Nieto (EPN) solamente ganó con un margen promedio de 3.2 puntos, en las secciones rurales su ventaja sobre AMLO se amplió a 21.3 puntos porcentuales. Esta diferenciación notable entre el voto urbano y rural trae a colación un conjunto de ideas ampliamente difundidas en el imaginario colectivo sobre la cultura política nacional. A diferencia de las preferencias personales --racionales e individuales-- que motivarían el voto autónomo de opinión de los ciudadanos ilustrados en las urbes prósperas del país, el comportamiento electoral de los mexicanos pobres que viven en el campo estaría determinado por prácticas autoritarias --corporativas y clientelares--, de compra-venta e inducción, manipulación y coacción del sufragio. ¿Cuán acertadas resultan estas nociones en la actualidad?

Para indagar en esta cuestión fundamental, esta contribución parte de un análisis sintético de la diferenciación urbano/rural del voto en 2012, situándola en una perspectiva diacrónica que permite reconstruir sus tendencias históricas desde los inicios de la transición democrática en 1991. Ello confirma la permanencia estructural de diferencias significativas entre los comportamientos político-electorales de las ciudades y del campo, pero obliga a rechazar algunas prenociones erróneas y a matizar las interpretaciones dicotómicas sobre el voto de los mexicanos.

De manera más general, la heterogeneidad y la volatilidad de las tendencias electorales rebasan el clivaje urbano-rural e invitan a reflexionar sobre las distintas dimensiones antropológicas del sufragio, que puede apoyarse a la vez: en mecanismos afectivos de identificación, cercanía e identidad; en cálculos estratégicos, convicciones individuales y elecciones racionales; así como en mecanismos diversos de lealtad e intercambio, colectivo o individual, faccional o clientelar. De ahí el interés de clarificar algunas nociones teórico-conceptuales, a la luz de los hallazgos derivados de un conjunto de investigaciones empíricas sobre los componentes multidimensionales del voto en Chiapas. Finalmente, concluimos con algunas consideraciones sobre las posibilidades de ampliar las conclusiones extraídas de esa experiencia particular al conjunto de la federación mexicana, vinculándolas con otros trabajos recientes que permiten esbozar una agenda para futuras investigaciones empíricas.

## I. ¿Un incremento “sospechoso” y un comportamiento “atípico” del voto rural?

Para iniciar, examinemos la diferenciación urbano-rural del comportamiento electoral de los mexicanos en 2012, a la luz de las tendencias registradas en los ocho comicios federales organizados por el Instituto Federal Electoral (IFE). Como punto de partida, observemos la evolución del número de secciones rurales, urbanas y mixtas (que contienen ambos tipos de casillas) desde 1991. El siguiente cuadro también muestra el incremento absoluto y relativo del número de ciudadanos inscritos, desagregado en función de las tres categorías territoriales, siguiendo la clasificación que utilizó el IFE en 2012 (cuadro 1).<sup>3</sup>

TIPO DE SECCION ELECTORAL (IFE)		Padrón 1991	Padrón 1994	Padrón 1997	Lista Nominal 2000	Lista Nominal 2003	Lista Nominal 2006	Lista Nominal 2009	Lista Nominal 2012	Incremento 1991-2012
Rurales	Media	462.5	550.29	611.05	680.86	746.54	831.07	922.93	965.20	502.74
	N	25,857	26,766	26,739	26,710	26,795	26,831	26,863	27,011	1,154
	Suma	<b>11,957,646</b>	<b>14,728,994</b>	<b>16,338,808</b>	<b>18,185,876</b>	<b>20,003,417</b>	<b>22,298,503</b>	<b>24,792,735</b>	<b>26,070,897</b>	<b>14,113,251</b>
%Incremento			23%	11%	11%	10%	11%	11%	5%	118%
RyU	Media	680.8	893.91	1,023.62	1,193.31	1,367.46	1,622.09	1,979.98	2,297.95	1,617.17
	N	116	117	118	118	118	118	119	121	5
	Suma	<b>78,970</b>	<b>104,588</b>	<b>120,787</b>	<b>140,811</b>	<b>161,360</b>	<b>191,407</b>	<b>235,618</b>	<b>278,052</b>	<b>199,082</b>
%Incremento			32%	15%	17%	15%	19%	23%	18%	252%
Urbanas	Media	683.6	895.76	1,000.58	1,095.02	1,202.36	1,293.75	1,370.01	1,347.52	663.88
	N	35,346	36,198	36,195	35,555	36,369	37,162	37,643	39,394	4,048
	Suma	<b>24,163,805</b>	<b>32,424,670</b>	<b>36,216,052</b>	<b>38,933,425</b>	<b>43,728,466</b>	<b>48,078,211</b>	<b>51,571,398</b>	<b>53,084,222</b>	<b>28,920,417</b>
%Incremento			34%	12%	8%	12%	10%	7%	3%	120%
Sin clasificación	Media	396.8	432.73	810.37	1,079.37	1,612.14	2,753.15	3,995.57		
	N	574	508	402	506	507	278	218		-574
	Suma	227,750	219,828	325,768	546,162	817,353	765,376	871,034		
Total	Media	588.6	746.64	835.27	919.18	1,014.45	1,107.85	1,194.74	1,194.02	605.45
	N	61,893	63,589	63,454	62,889	63,789	64,389	64,843	66,526	4,633
	Suma	<b>36,428,171</b>	<b>47,478,080</b>	<b>53,001,415</b>	<b>57,806,274</b>	<b>64,710,596</b>	<b>71,333,497</b>	<b>77,470,785</b>	<b>79,433,171</b>	<b>43,005,000</b>
Incremento trianual (%)			30%	12%	9%	12%	10%	9%	3%	118%
Diferencia Secciones Urbanas-Rurales			11%	1%	-4%	2%	-2%	-4%	-2%	2%

En términos generales, se pasó de 36.4 millones de ciudadanos empadronados en 1991, a 79.4 millones de ciudadanos inscritos en 2012, siguiendo tendencias de crecimiento similares en el segmento rural y urbano.<sup>4</sup> Por ello, pese a la creación de 4 mil 633 secciones

<sup>3</sup> A diferencia del INEGI, que elabora su clasificación urbano/rural en base al tamaño de las localidades, el IFE integra además a su definición un criterio logístico, que considera la calidad de las infraestructuras y la facilidad/dificultad para acceder a las cabeceras seccionales. Para fines prácticos, ambas clasificaciones son muy similares: solamente 2% de las secciones urbanas del IFE son clasificadas como rurales por el INEGI, contra 3.4% secciones rurales del IFE que el INEGI clasifica como urbanas.

<sup>4</sup> Existe una diferencia importante entre el padrón electoral y el listado nominal (también denominado “Lista Nominal”): el primero contiene el conjunto de ciudadanos mexicanos con derechos y edad para votar; el/la segundo/a, solamente los ciudadanos que cuentan efectivamente con credenciales actualizadas y vigentes el día de la jornada electoral. Por falta de datos de la lista nominal para 1991, 1994 y 1997, tomamos los datos del padrón electoral para esos primeros años.

durante el periodo, la proporción entre el número de ciudadanos inscritos en ambos tipos de secciones se mantiene relativamente constante, con alrededor del 67% de los inscritos en secciones urbanas (51.6 millones de ciudadanos) y 33% de los inscritos en secciones rurales (26 millones de ciudadanos) en 2012 (cuadro 1). ¿Qué sucede, ahora, con los principales componentes del comportamiento electoral cuando éstos se desagregan por secciones urbanas y rurales?

### **La (des-)composición de la participación electoral y del voto partidista en 2012**

Como lo ilustra el cuadro 2, existe una clara diferenciación del voto en las secciones rurales y urbanas; sin embargo, ésta no resulta ni nueva ni atípica, ya que en realidad caracteriza estructuralmente la composición de la participación electoral. En cuanto a la parte de electores que acudieron a las urnas, en 1991, 1994, 1997, 2000 y 2006, ésta fue sensible y significativamente superior en las secciones urbanas que en las casillas rurales. Pero también es cierto que en 2003 y en 2009, ocurrió justamente lo contrario, al caracterizarse el campo por una participación mayor a las ciudades. En las presidenciales de 2012, se observa una diferenciación similar pero mucho menos acentuada, de solamente -0.5 puntos porcentuales, situándose la participación en 64.4% en las secciones rurales y en 63.9% en las secciones urbanas (cuadro 2).

Participación según tipo de sección		DMR 1991	PRE 1994	DMR 1997	PRE 2000	DMR 2003	PRE 2006	DMR 2009	PRE 2012	DMR 2012
Sin clasificación	Media	66.2	70.6	53.3	55.5	41.0	51.8	43.8		
<b>R</b>	<b>Media</b>	<b>64.8</b>	<b>71.3</b>	<b>55.0</b>	<b>59.0</b>	<b>43.5</b>	<b>54.2</b>	<b>48.1</b>	<b>64.4</b>	<b>64.4</b>
RyU	Media	64.2	71.0	53.7	62.6	43.3	57.9	45.5	70.0	67.4
<b>U</b>	<b>Media</b>	<b>68.2</b>	<b>76.3</b>	<b>58.4</b>	<b>65.5</b>	<b>42.3</b>	<b>60.4</b>	<b>43.9</b>	<b>63.9</b>	<b>63.5</b>
Total	Media	66.7	74.2	57.0	62.7	42.8	57.8	45.7	64.1	63.9
<b>Diferencia Urbanas-Rurales</b>		<b>3.3</b>	<b>5.1</b>	<b>3.4</b>	<b>6.5</b>	<b>-1.2</b>	<b>6.2</b>	<b>-4.2</b>	<b>-0.5</b>	<b>-0.9</b>

A su vez, la distribución de los votos nulos corresponde con lo esperado. Con la única excepción de la legislativa intermedia de 2009, en la que un amplio movimiento ciudadano promovió la anulación deliberada del voto como manifestación de protesta, la parte de boletas anuladas siempre ha sido significativamente inferior en las ciudades que en el campo, lo que se relaciona consistente y plausiblemente con mayores tasas de alfabetismo y educación (Sonnleitner, 2012). El mismo fenómeno se produce en 2012, con una novedad notable: las tasas de votos nulos fueron ahora mucho más elevadas en las legislativas que en las presidenciales (cuadro 3).

Votos Nulos según tipo de sección		DMR 1991	PRE 1994	DMR 1994	DMR 1997	PRE 2000	DMR 2000	DMR 2003	PRE 2006	DMR 2006	DMR 2009	PRE 2012
Sin clasificación	Media	6.8	2.7	4.0	3.3	3.3	3.4	3.9	2.9	3.1	4.5	
<b>R</b>	<b>Media</b>	<b>6.6</b>	<b>4.8</b>	<b>5.4</b>	<b>4.3</b>	<b>3.6</b>	<b>3.7</b>	<b>4.1</b>	<b>5.1</b>	<b>5.3</b>	<b>4.0</b>	<b>3.6</b>
RyU	Media	7.7	4.8	5.4	3.6	2.9	3.1	4.1	2.9	3.3	4.5	3.0
<b>U</b>	<b>Media</b>	<b>4.9</b>	<b>2.3</b>	<b>2.7</b>	<b>2.5</b>	<b>1.7</b>	<b>2.0</b>	<b>3.3</b>	<b>1.8</b>	<b>2.2</b>	<b>7.1</b>	<b>2.2</b>
Total	Media	5.6	3.4	3.8	3.3	2.5	2.7	3.7	3.2	3.5	5.8	2.8
Diferencia Urbanas-Rurales		-1.7	-2.5	-2.7	-1.8	-1.8	-1.7	-0.8	-3.3	-3.1	3.1	-1.5

Ello se relaciona con la confusión que generaron las alianzas parciales, llevando a la anulación de votos que fueron emitidos por partidos que, en muchos distritos, no estaban coaligados. Lo que cabe subrayar, aquí, es que las tasas de votos nulos se sitúan en 2012 dentro de los parámetros esperados y normales.

Pasemos a analizar ahora la orientación partidista del voto. En primer lugar, llama la atención la fuerte diferenciación del apoyo a EPN entre las secciones urbanas y rurales: en éstas últimas, el candidato de la coalición Compromiso por México suma en promedio 47.2% de los votos válidos, es decir 10 puntos porcentuales más que en las ciudades. En contraste, Andrés Manuel López Obrador tiene un perfil exactamente inverso, con tasas de votación mucho más elevadas en las zonas urbanas (34%) que en las rurales (25.9%), lo que se refleja en una diferencia de 8.1 puntos porcentuales. Al agregarse ambos fenómenos, se verifica así que la contienda presidencial fue mucho más reñida en las ciudades (donde la ventaja de EPN se reduce a solamente 3.2 puntos) que en el campo (donde éste arrasó con una ventaja promedio de 21.3 puntos, según se observa en el cuadro 4).

TIPO DE CASILLA SEGUN IFE	pEPN_12P	pAMLO_12P	pDif_EPN-AMLO_12P	pPAN_12P	pGQT	pNulosVal_12P	pPart_12P
<b>R</b>	<b>47.2</b>	<b>25.9</b>	<b>21.3</b>	<b>25.1</b>	1.9	<b>3.6</b>	<b>64.4</b>
RyU	40.8	33.0	7.7	24.5	1.7	3.0	70.0
<b>U</b>	<b>37.2</b>	<b>34.0</b>	<b>3.2</b>	<b>26.4</b>	2.5	<b>2.2</b>	<b>63.9</b>
Total	41.2	30.7	10.5	25.9	2.2	2.8	64.1
Diferencia Urbanas-Rurales	-10.0	8.1	-18.1	1.3	0.6	-1.5	-0.5

Asimismo, llama la atención la escasa diferenciación de Josefina Vásquez Mota (JVM) y de Gabriel Quadri Torres (GQT), quienes solamente tienen un perfil ligeramente más urbano (+1.3 y +0.6 puntos, respectivamente). El análisis de las elecciones concomitantes para diputados federales de mayoría relativa (DMR) aporta un elemento adicional importante. En ellas, se reducen tanto el perfil rural del que beneficia EPN (+7.6 puntos porcentuales), como el perfil urbano de AMLO (+4.8 puntos porcentuales). Asimismo, llama la atención que, si bien individualmente, tanto el PRI como el PVEM

registran mejores resultados en el campo, su alianza obtiene mejores resultados en las secciones urbanas (cuadro 5).

TIPO DE CASILLA SEGUN IFE	%Votos PRI DMR 2012	%Votos PVEM DMR 2012	%Votos PRI_PVEM DMR 2012	%PRI+PVEM DMR 2012	%Dif_PRI+PVE M - AMLO_12P	%PRD+PT+ Conv	%Votos PAN DMR 2012	%Votos PANAL DMR 2012
R	38.6	4.5	3.0	46.0	21.8	24.3	25.9	3.8
RyU	33.7	4.8	3.1	41.6	13.0	28.6	26.3	3.5
U	30.4	3.8	4.1	38.4	9.4	29.0	27.9	4.7
Total	33.7	4.1	3.7	41.5	14.4	27.1	27.1	4.3
Diferencia Urbanas-Rurales	-8.1	-0.6	1.1	-7.6	-12.4	4.8	2.0	0.8

Pero sobre todo, se observa que una parte importante del voto del Movimiento Progresista se debe a un claro efecto de arrastre de AMLO, que supera el desempeño de los diputados de su alianza particularmente en las secciones urbanas (donde obtiene 34% de los votos en las presidenciales contra 29% en las legislativas). Curiosamente, EPN no genera ningún efecto similar en las presidenciales, lo que se refleja en tasas de victoria más holgadas tanto en el campo como en las ciudades (cuadro 5). ¿Cuán atípica resulta, ahora, esta diferenciación territorial del voto cuando se sitúa en la historia electoral reciente de México?

### **La (des-)composición histórica del voto partidista entre 1991 y 2012**

Como lo ilustran los siguientes datos diacrónicos, no hay nada anormal en la orientación *priísta* del voto en el campo: el tricolor ha incluso tenido, de hecho, un perfil mucho más rural en el pasado. Mientras que entre 1991 y 2000, el Revolucionario Institucional captaba entre 15.2 y hasta 18.5 puntos porcentuales más en las secciones rurales, su desempeño en 2012 refleja más bien un debilitamiento generalizado de su tradicional posición hegemónica en el campo: de un promedio de 73.8% en las legislativas de 1991 y de 62.2% en las presidenciales de 1994, su promedio en las secciones rurales se reduce a 37.6% en las presidenciales de 2012, conociendo un declive similar pero menos acentuado en las secciones urbanas (donde cae de 58.2% a 28% en el mismo período). En otras palabras, se confirma una tendencia estructural de convergencia y disminución de la brecha urbano-rural que caracterizó el voto del PRI en el pasado (cuadro 6).

% Votos PRI y aliados según tipo de sección	DMR 1991	PRE 1994	DMR 1994	DMR 1997	PRE 2000	DMR 2000	DMR 2003	PRE 2006	DMR 2006	DMR 2009	PRE 2012	DMR 2012
Sin clasificación	73.2	60.1	60.6	52.40	50.6	50.5	49.6	34.0	38.6	45.0		
<b>R</b>	<b>73.8</b>	<b>62.2</b>	<b>62.60</b>	<b>53.8</b>	<b>52.6</b>	<b>53.0</b>	<b>51.1</b>	<b>34.1</b>	<b>37.7</b>	<b>41.8</b>	<b>37.6</b>	<b>38.6</b>
RyU	70.1	57.5	58.31	47.6	43.5	44.3	47.3	29.6	35.3	40.5	31.4	33.7
<b>U</b>	<b>58.2</b>	<b>47.0</b>	<b>47.28</b>	<b>35.5</b>	<b>33.9</b>	<b>34.5</b>	<b>39.5</b>	<b>20.3</b>	<b>27.3</b>	<b>37.2</b>	<b>28.0</b>	<b>30.4</b>
Total	64.9	53.5	53.83	43.3	41.9	42.4	44.5	26.1	31.7	39.1	31.9	33.7
Diferencia Urbanas-Rurales	-15.6	-15.2	-15.3	-18.3	-18.6	-18.5	-11.6	-13.8	-10.4	-4.6	-9.6	-8.1

En cambio, el perfil del PRD siempre ha sido mucho más volátil y heterogéneo en su concentración territorial, teniendo Cuauhtémoc Cárdenas y AMLO mayor éxito en las casillas urbanas en 1997 y 2006 (presidenciales), pero registrando su partido mayores votaciones rurales en 1991, 1994, 2000, 2003, 2006 (legislativas) y 2009. En esta perspectiva, los resultados del 2012 confirman un nuevo efecto de arrastre urbano de AMLO en las presidenciales, que se diluye ligeramente en las legislativas concomitantes (cuadro 7).

% Votos PRD y aliados según tipo de sección	DMR 1991	PRE 1994	DMR 1994	DMR 1997	PRE 2000	DMR 2000	DMR 2003	PRE 2006	DMR 2006	DMR 2009	PRE 2012	DMR 2012	% COALICION PRD+PT+MC
Sin clasificación	6.8	11.4	11.3	16.4	13.6	14.9	14.5	26.9	22.7	11.0			
<b>R</b>	<b>9.6</b>	<b>19.0</b>	<b>18.7</b>	<b>22.7</b>	<b>21.1</b>	<b>22.0</b>	<b>19.4</b>	<b>33.8</b>	<b>29.8</b>	<b>16.5</b>	<b>16.9</b>	<b>15.8</b>	<b>24.3</b>
RyU	12.7	22.0	21.8	28.8	23.8	24.9	19.6	37.8	32.4	17.0	21.2	18.6	28.6
<b>U</b>	<b>7.6</b>	<b>15.9</b>	<b>15.5</b>	<b>26.0</b>	<b>15.2</b>	<b>18.1</b>	<b>18.9</b>	<b>36.2</b>	<b>28.9</b>	<b>12.2</b>	<b>20.6</b>	<b>17.6</b>	<b>29.0</b>
Total	8.5	17.2	16.8	24.6	17.7	19.8	19.1	35.2	29.2	14.0	19.1	16.9	27.1
Diferencia Urbanas-Rurales	-2.0	-3.1	-3.17	3.3	-5.9	-3.9	-0.5	2.4	-1.0	-4.3	3.6	1.8	4.8

En realidad, la verdadera ruptura, tan inesperada como notable, es el declive paulatino y constante de la brecha urbano-rural que solía caracterizar el voto panista en el pasado. Éste sí rompe con el perfil tradicional del blanquiazul. Se produce, menos como consecuencia de la disminución estructural de Acción Nacional en las ciudades (cuyo promedio seccional pasa de 21.4% en 1991 y de 30.9% en 1994, a 26.4% en 2012), que por su crecimiento reciente y sorprendente en las áreas rurales (donde pasa de 7.9% en 1991 y de 13.8% en 1994, a 25.1% en 2012). Sin embargo, tampoco se trata de un fenómeno atípico, ya que se inscribe claramente en una tendencia consistente de largo plazo. Ésta se relaciona con la conquista de la presidencia en el 2000, con la adopción de una nueva estrategia político-electoral y con las políticas públicas de gasto social impulsadas por el blanquiazul desde Los Pinos (cuadro 8).

% Votos PAN y aliados según tipo de sección	DMR 1991	PRE 1994	DMR 1994	DMR 1997	PRE 2000	DMR 2000	DMR 2003	PRE 2006	DMR 2006	DMR 2009	PRE 2012	DMR 2012
Sin clasificación	11.6	23.3	22.1	24.3	34.0	32.1	28.7	36.5	34.1	30.8		
<b>R</b>	<b>7.9</b>	<b>13.8</b>	<b>13.3</b>	<b>17.1</b>	<b>24.8</b>	<b>23.0</b>	<b>22.4</b>	<b>29.8</b>	<b>28.6</b>	<b>27.5</b>	<b>25.1</b>	<b>25.9</b>
RyU	8.2	16.1	14.9	17.5	31.1	28.7	25.5	29.9	27.5	26.6	24.5	26.3
<b>U</b>	<b>21.4</b>	<b>30.9</b>	<b>29.7</b>	<b>29.5</b>	<b>48.1</b>	<b>43.1</b>	<b>33.5</b>	<b>39.3</b>	<b>36.3</b>	<b>29.7</b>	<b>26.4</b>	<b>27.9</b>
Total	15.7	23.7	22.7	24.2	38.1	34.6	28.8	35.3	33.1	28.8	25.9	27.1
<b>Diferencia Urbanas-Rurales</b>	<b>13.6</b>	<b>17.1</b>	<b>16.4</b>	<b>12.3</b>	<b>23.3</b>	<b>20.1</b>	<b>11.1</b>	<b>9.5</b>	<b>7.7</b>	<b>2.2</b>	<b>1.3</b>	<b>2.0</b>

En resumidas cuentas, la evolución temporal del voto en las secciones urbanas y rurales se caracteriza por una ligera pero cambiante diferenciación de la participación, así como por una creciente convergencia del comportamiento electoral. Esta última resulta del debilitamiento paulatino del PRI en el campo, de la expansión del PAN en las secciones rurales a partir del 2000, y de la “urbanización” del voto cardenista en 1997 y lopez-obradorista en 2006 y 2012. Ciertamente, el voto de EPN sigue teniendo un marcado perfil rural en 2012, que contrasta con el perfil más urbano de AMLO en las elecciones más recientes. Dicha diferenciación es particularmente fuerte en las dos últimas elecciones presidenciales, mientras que se diluye en las elecciones legislativas, lo que se debe a los votos estratégicos y a los efectos de arrastre personal de AMLO en muchas grandes ciudades. En cambio, no parece haber nada atípico en las dinámicas territoriales de la participación electoral. Ésta muestra una tendencia convergente entre casillas urbanas y rurales, que rompe con el perfil urbano de algunas elecciones presidenciales, pero reproduce la heterogeneidad de muchos otros comicios federales recientes.

Sin embargo, esto no permite concluir que el comportamiento rural es idéntico al voto urbano. Corrobora más bien que, pese a una creciente convergencia, aun sigue habiendo una diferenciación significativa entre ambos, lo que invita a profundizar el estudio de los diversos contenidos cualitativos del sufragio “universal”. A continuación, presentamos brevemente un modelo teórico-conceptual de las diferentes dimensiones antropológicas del voto, derivado del estudio profundizado del proceso de democratización chiapaneco.



## **II. Hacia una teoría plural del voto: un modelo derivado de la transición chiapaneca**

Debido a la fuerte connotación simbólica que ha adquirido el sufragio universal en las democracias consolidadas, existe la tentación de conferirle un importante grado de unidad, homogeneidad y consistencia. Los principales modelos explicativos del voto en Europa y los Estados Unidos lo analizan como un conjunto fuertemente integrado de elecciones racionales e individuales. Trátese, ya sea de los modelos sociológicos y psico-sociales –que buscan explicarlo mediante predisposiciones sociales,<sup>5</sup> o identificaciones partidistas estables producto de procesos prolongados de socialización–;<sup>6</sup> ya sea de los modelos derivados de la teoría de la elección racional –que ponen el énfasis en las evaluaciones retrospectivas y prospectivas de los gobernantes, así como en los cálculos beneficios-costos del elector–;<sup>7</sup> o bien de los intentos de combinar estos enfoques en modelos sintéticos: todas estas teorías comparten la premisa que los electorados están suficientemente integrados para ser analizados bajo un mismo esquema unificado.

En otras palabras, el voto es concebido como una respuesta unívoca a una pregunta inequívoca, ya que se asume que ambas tienen un sentido común que permite agregarlas independientemente de la diversidad de significados que pueden conferirles las especificidades sociales, territoriales, culturales y situacionales en un contexto dado. Sin duda, dicho postulado no plantea problemas mayores en las democracias consolidadas, que comparten un fuerte grado de integración nacional y donde el voto es una añeja práctica ritual arraigada desde tiempos lejanos. Pero esta premisa se vuelve incierta en países con una gran fragmentación política y sociocultural, donde el sufragio libre e individual todavía es un dispositivo de aparición reciente que apenas está siendo apropiado, en contextos de transición desde regímenes autoritarios hacia otros más abiertos, plurales y desordenados.

---

<sup>5</sup> Lazarsfeld, Paul *et alii*, *The People's Choice*, New York, Columbia University Press, 1944; Lipset, Seymour Martin, *Political Man : The social basis of politics*, New York, Doubleday, 1959.

<sup>6</sup> Campbell, Angus, Philip Converse, Warren E. Miller y Donald E. Stokes *The American Voter*, New York, Wiley, 1960; Miller, Warren y Merrill Shanks, *The New American Voter*, Londres, Harvard University Press, 1996.

<sup>7</sup> Downs, Anthony, *An Economy Theory of Democracy*, New York, Harper, 1957; Nie, N. H., Verba, S., Petrocik, J. R., *The Changing American Voter*, Cambridge, Harvard University Press, 1976; Fiorina, Morris, *Retrospective voting in American national elections*, New Haven, Yale University, 1981

Contrariamente a los modelos teóricos unitarios que explican el sufragio “universal” en las democracias consolidadas, el ejercicio del voto “particular” en México obedece a motivaciones heterogéneas y cambiantes, que varían en el tiempo y en el espacio, reflejando la enorme diversidad y la creciente fragmentación económica, política y sociocultural que caracterizan el territorio nacional. Como lo muestran los hallazgos de numerosos estudios empíricos, existen tipos diferenciados de votos, con contenidos y significados antropológicos contrastados, que pueden remitir a lógicas de **identidad** (el voto *comunitario*, pero también los votos motivados por *afinidades y lealtades partidistas*), a lógicas de **intercambio** (el voto *clientelar, corporativo y faccional*, pero también otro tipo de votos basados en mecanismos menos verticales y asimétricos de *reciprocidad*) o a lógicas de **convicción** (el voto del *elector racional*, que actúa conforme a cálculos individuales, a valores y a apuestas personales).

### **De la movilización autoritaria del sufragio corporativo y “comunitario”, a la fragmentación del voto, faccional e “individualizado”**

Formal- y legalmente, el sufragio se extiende en México a partir de las luchas por la Independencia. Pero habrá que esperar la Revolución y la Constitución de 1917 (Capítulo IV, artículos 34 y 35), así como las reformas de 1957 (inclusión de las mujeres) y 1969 (reducción de la edad de votar de 21 a 18 años), para que éste sea cada vez más universal. No obstante, durante el régimen posrevolucionario el voto se sigue ejerciendo en la práctica de una manera controlada, restringida y corporativa, en un régimen de partido hegemónico que le confiere significados y contenidos peculiares.

Como bien lo señalaron los pioneros del análisis electoral en contextos autoritarios y semi-democráticos, muchas dictaduras organizan procesos electorales en vistas de movilizar a las masas populares, y con la esperanza de dotarse de una legitimidad externa e interna. No obstante, dichos comicios no ponen realmente en juego ni el ejercicio del poder, ni la selección ni la renovación de los gobernantes. En otras palabras, son, paradójicamente, “*elecciones sin opciones*” (Hermet, Rouquié y Linz, 1982). Por ello, sus funciones son, también, muy distintas a las que éstas desempeñan en las poliarquías con contrapesos democráticos. Sirven, entre otras cosas, para movilizar apoyos y para negociar alianzas,

para comunicar y para ratificar decisiones previamente tomadas, pero sobre todo, como un mecanismo de aclamación y legitimación de los gobernantes por los gobernados. La participación y la abstención electoral adquieren, en este contexto, el significado inverso al que se les suele otorgar en las situaciones democráticas: mientras que la primera se asocia, por lo general, con prácticas autoritarias de acarreo y coerción, la segunda se transforma curiosamente en una forma arriesgada de protesta, desaprobación y rechazo del régimen político.

En México, los significados históricos cambiantes de la participación y del voto, bajo las formas del acarreo y la movilización corporativa, así como en sus vertientes más modernas y cívicas, han sido analizados por numerosos autores.<sup>8</sup> Como pudimos documentarlo para el caso específico de Chiapas, en muchas comunidades rurales e indígenas ni siquiera votaban los ciudadanos, sino que eran las autoridades priístas las que rellenaban ordenadamente las urnas, consiguiendo así resultados inverosímiles, superiores al 99% de los votos.<sup>9</sup> Por ello, habrá que esperar la apertura política de los noventa para transitar, paulatinamente, de un sistema autoritario, corporativo y de partido hegemónico, a un sistema multipartidista y plural, con elecciones cada vez más libres y competitivas.

En Chiapas, el multipartidismo y el sufragio adquieren actualmente una multiplicidad de significados. Para captar los contenidos antropológicos del comportamiento electoral, Olivier Ihl distingue tres dispositivos fundamentales que reviste

---

<sup>8</sup> Entre ello, Gómez Tagle, Silvia, *La Transición Inconclusa: treinta años de elecciones en México*, México, El Colegio de México, 2001; Gómez Tagle, Silvia, *¿Cuántos votos necesita la democracia? La participación electoral en México 1961-2006*, México, IFE, 2009; Durand Ponte, Victor Manuel, *Ciudadanía y cultura política en México 1993-2001*, México, Siglo XXI, 2004; Buendía, Jorge y Somuano, Fernanda *Participación electoral en las nuevas democracias: la elección presidencial de 2000 en México*, México, Política y gobierno, 2003 pp. 289-323

<sup>9</sup> Como botón de muestra, citemos dos relatos ilustrativos: “Anteriormente ya votábamos en Huixtán. Marcábamos las boletas como de cuatro, pero siempre por el PRI, porque el PAN —nos decían— era para los mestizos. Y nos amenazaban si votábamos por el PAN. Por eso nadie votaba por el PAN. En cambio ahora sí se ve que ha cambiado mucho, porque ya hay casillas y sólo una boleta, y es a escondidas. Antes sólo se sacaba la mesa en el pueblo de Huixtán, y por caja las boletas, y se repartían los paquetes.” Entrevista con Miguel Huacash, líder evangélico de San Antonio Balashilná, San Antonio Balashilná, 11 de octubre del 2000. “Ahora, el que no vota, pues queda a su criterio, porque ya no hay castigo. Solamente ante la comunidad, es mal visto o criticado, porque la gente sí se da cuenta cuando una persona no vota. En cambio, en las elecciones anteriores era muy diferente. Eran obligadas las gentes para que salieran a votar. Y al que no lo hacía, le cobraban multa: de tres pesos. Y si sobraban paquetes de boletas, se invitaban a los ex comisariados para apoyar a tachar las boletas restantes. Por eso ganaba siempre el PRI.” Entrevista con Manuel Bolóm Vásquez, ex comisariado, ex regidor y ex comité de la CNC, Chempil, 30 de agosto del 2000.

el voto como relación social: una transacción, una pertenencia y una convicción.<sup>10</sup> Constituidas en categorías ideal-típicas, estas tres dimensiones permiten distinguir a su vez tres formas de elección: el *voto de intercambio*, el *voto comunitario* y el *voto de opinión*. El primero se relaciona con la asignación de ventajas materiales en redes clientelares. El segundo remite a pertenencias, reivindicaciones y decisiones colectivas, al movilizar grupos que se conciben como autónomos en torno a metas y conflictos de tipo comunitario (religión, lengua, identidades étnicas). El último corresponde a elecciones y a decisiones individuales, fundadas en conciencia y tomadas en contextos que garantizan la libertad e igualdad de los ciudadanos.

De ahí la posibilidad de analizar las elecciones chiapanecas a la luz de estas tres dimensiones ideal-típicas. Sin lugar a dudas, los comicios son momentos privilegiados para negociar todo tipo de ventajas y servicios (individuales o colectivos) a cambio de sufragios. Pero como consecuencia del declive del PRI, ningún partido dispone ya del monopolio de dichas transacciones, y muchos “clientes”, ahora protegidos por el secreto del voto, aceptan “adelantos” sin cumplir necesariamente “el contrato” el día de la elección.

Sin embargo, para un gran número de electores el sufragio todavía no es el resultado de una decisión individual, sino más bien de una deliberación colectiva que reafirma la pertenencia a un grupo, facción o comunidad (y es, en ocasiones, incluso pública). Con todo, dicha pertenencia tampoco puede aspirar a la unanimidad, sino que tiene que acomodarse de un número creciente de lealtades cruzadas que estructuran y dividen a las comunidades rurales. Ello se refleja en la transición de un sufragio comunitario cautivo y corporativo, hacia un voto faccional cada vez más plural.

Finalmente, la fragmentación y volatilidad crecientes de los electorados revelan la aparición de un voto individualizado de opinión, que se expresa, particularmente, mediante la afirmación más reciente de un voto diferenciado y “dividido” en elecciones simultáneas de distintos niveles políticos (por ejemplo, en las presidenciales y legislativas concomitantes de 1994, 2000, 2006 y 2012, o bien en las elecciones municipales y para legisladores locales de 2001, 2004, 2007 y 2010).

---

<sup>10</sup> Ihl Olivier, *Le vote*. Paris, Montchrétien, 2000, pp.22-34

Recordemos, para terminar, que en Chiapas el voto libre y secreto aún es una práctica muy reciente, que todavía es el objeto de un aprendizaje plural y desigual. Es en este contexto de apropiación de una “tecnología” de origen externo –pero con múltiples usos internos– que conviene estudiar el acto electoral. A su vez, las adscripciones partidistas tienen significados reales en la vida política local, comunitaria y regional. Éstas son utilizadas de manera recurrente para referirse a facciones y a conflictos relevantes, contribuyendo a situarlos con respecto a los gobiernos locales y federales, así como frente a otros grupos de poder que actúan a nivel regional. Sin embargo, no podemos conferirles un contenido ideológico consistente, ni asociarlas mecánicamente con los intereses que representan los partidos políticos a nivel nacional. Muchas preferencias electorales pueden analizarse en términos de alianzas estratégicas, establecidas en función de pertenencias faccionales estructuradas, pero constantemente renegociadas en una disputa cada vez más competida por el control de los recursos económicos y políticos. Para ilustrar estas distintas dimensiones del sufragio “particular”, revisemos ahora los principales hallazgos de una serie de investigaciones empíricas sobre la evolución reciente del voto en Chiapas.

### **Explorando las dimensiones micro-sociológicas del voto en Chiapas <sup>11</sup>**

Para captar las distintas dimensiones empíricas del voto, resulta sumamente útil el análisis de las tendencias electorales desagregadas en el nivel micro-sociológico de las 1 929 secciones que conforman la geografía político-electoral de Chiapas. Al revelar la existencia de localidades con comportamientos extremos, éstas permiten detectar diversos procesos de diferenciación de la participación electoral, de fragmentación y polarización, volatilidad e “individualización” del voto. Pero lo más interesante es que estas prácticas territorialmente diferenciadas de ejercer el sufragio también se relacionan significativamente con otras desigualdades socio-demográficas, y con el clivaje urbano-rural.

---

<sup>11</sup> Este apartado retoma en forma sintética algunos de los resultados que se desarrollan con mayor detalle en el libro: Sonnleitner Willibald, *Elecciones chiapanecas. Del régimen posrevolucionario al desorden democrático*, México, El Colegio de México, 2012.

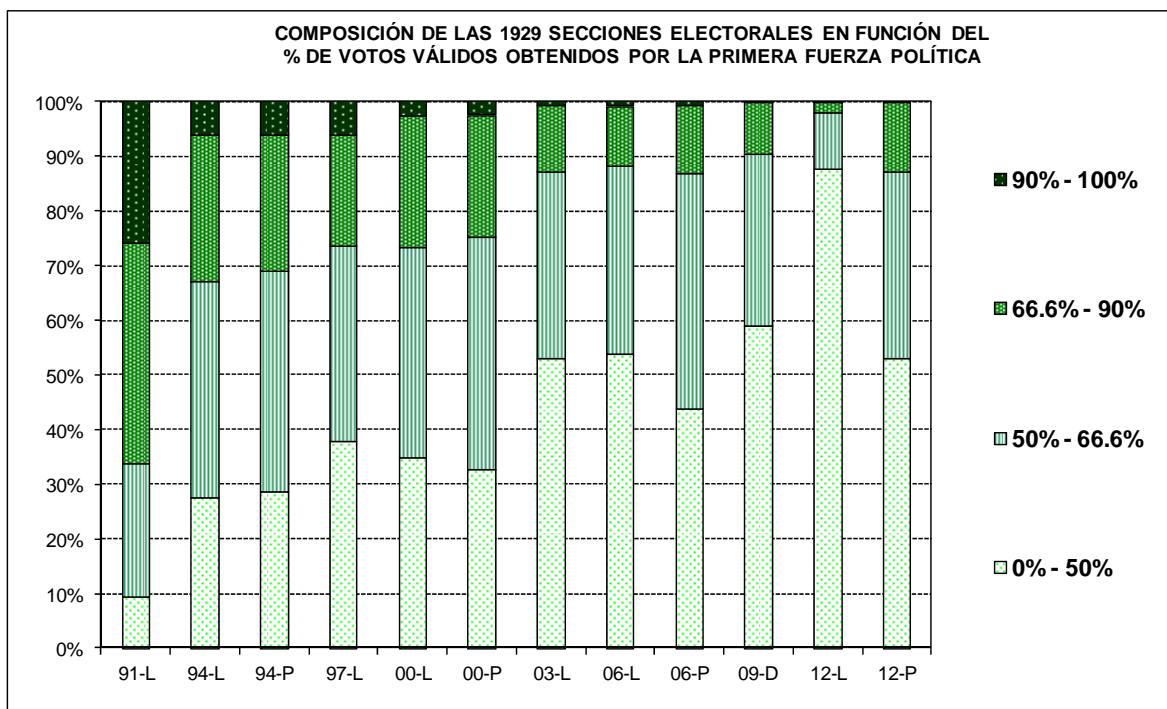
### *El voto “identitario”, corporativo, comunitario y “consensual”*

En primer lugar, aun existen contextos territoriales en los que predomina una fuerza política hegemónica, y en los que el voto se apoya sobre lealtades de tipo colectivo, en un ambiente poco propicio al pluralismo político-electoral. En términos teóricos, dicho voto se aparenta de alguna manera al modelo sico-social de las simpatías e identificaciones partidistas, con raíces afectivas y lealtades que pueden remontar hasta los años tempranos de la socialización. No obstante, dicho concepto sufre de serias limitaciones en el contexto mexicano en general, y chiapaneco en particular. Hasta muy recientemente, sólo existía una fuerza política con posibilidades efectivas de gobernar. El multipartidismo no solamente es de muy reciente fecha, sino que apenas está siendo apropiado por gran parte de los nuevos electores, en un contexto de cambio acelerado y profundo.

Ello se refleja claramente en las dinámicas micro-políticas de la reciente transición electoral. El número y la homogeneidad de las secciones “unánimes” y “hegemónicas” se reducen drásticamente entre 1991 y 1994, antes de conocer una nueva disminución entre 2000 y 2003, después de la alternancia presidencial. Mientras que, en 1991, el 66% de las 1 929 secciones se caracterizaban por situaciones en las que la primera fuerza política (en ese entonces siempre el PRI) recibía más de dos terceras partes de los sufragios válidos (captando más del 90% en una cuarta parte de ellas), desde 1994 dichas proporciones se redujeron en más de la mitad, revelando de paso la transición hacia un juego electoral mucho más libre, competitivo y transparente (gráfica 1).

Sin embargo, si bien el número de secciones monopartidistas se siguió reduciendo a lo largo de los noventa, y luego a partir de la alternancia presidencial del 2000, dichas secciones no desaparecieron por completo. Todavía en 2006, los ganadores registraron porcentajes superiores al 66.6% de los sufragios en 253 secciones (13% del total), captando más del 90% de los votos en 14 (0.7%) de ellas. E incluso en las últimas presidenciales, en las que solamente cinco secciones superaron el 90% de los válidos, aún se observaron resultados superiores al 66.6% en 252 secciones adicionales (12.6% del total), rurales en su gran mayoría.

GRÁFICA 1: COMPOSICIÓN DE LAS 1929 SECCIONES ELECTORALES EN FUNCIÓN DEL % DE VOTOS VÁLIDOS OBTENIDOS POR LA PRIMERA FUERZA POLÍTICA



En cuanto a la orientación partidista de las secciones bajo el dominio continuo y absoluto del mismo partido, durante el período 1991-2006 este fenómeno benefició principalmente al PRI, pero dejó de ser del monopolio exclusivo de dicho partido. Tras haber conocido un crecimiento espectacular entre 1991 y 1994, el PRD también estableció un férreo control político en 26 secciones que le arrebató al tricolor. Estas secciones bajo “hegemonías monopartidistas” están situadas sobre todo en las regiones indígenas, pero también en la Costa del Pacífico. En contraste, Acción Nacional no cuenta con ninguna sección en la que es hegemónico. En efecto, hasta muy recientemente este partido brilló por su ausencia en las regiones rurales, conquistando solamente la presidencia municipal de Ocosingo en 2007, antes de confirmar su arraigo en 2009 y 2012.

En términos geográficos, este tipo de “*hegemonía mono-partidista*” con pluralismo limitado se concentra claramente en las micro-regiones más marginadas de Chiapas. Si bien no se trata de un comportamiento exclusivo de la zona indígena (ya que 35% de estas secciones se encuentran en territorios mestizos), sí se trata de un fenómeno eminentemente rural (89% de dichas secciones se sitúan en el campo). Quizás por ello, el PAN tampoco

cuenta con este tipo de feudos electorales, en la medida en la que el blanquiazul se caracterizó tradicionalmente por una notable concentración urbana.

*El voto “individualizado” y estratégico, “de convicción” y “de opinión”*

En segundo lugar, puede distinguirse un segundo tipo de comportamiento extremo, con características socio-demográficas y territoriales igualmente consistentes pero diametralmente opuestas. Cada vez que se celebran simultáneamente comicios para distintos niveles de gobierno (por ejemplo las elecciones para presidente y legisladores federales; o para gobernador, ayuntamientos y diputados locales), se abre la posibilidad de sufragar de manera diferenciada para candidatos de afiliaciones partidistas distintas. Este voto estratégico, “cruzado”, “quebrado” o “dividido”, puede obedecer a diversas lógicas (dividir el poder, manifestar su apoyo a un partido pero su rechazo a un candidato en particular, o viceversa, etc.), pero manifiesta casi siempre una preferencia individual, en clara ruptura con los comportamientos colectivos de índole comunitaria e identitaria, faccional o clientelar.

Dicho voto se refleja en los efectos de “arrastre” que produjeron las candidaturas presidenciales de Diego Fernández de Cevallos y Cuauhtémoc Cárdenas en 1994, Vicente Fox en el 2000 y Andrés Manuel López Obrador en 2006 y en 2012. Se trata, quizá, del tipo de comportamiento más independiente e “individualizado”, que más se asemeja al tipo ideal del voto “de opinión” o “de convicción”. De manera general y agregada en el nivel estatal, se observa un claro incremento de este fenómeno a lo largo de nuestro periodo de estudio. En 1994, el voto estratégico le aporta 18 mil 464 sufragios adicionales a Fernández de Cevallos con respecto a los que moviliza el PAN (+1.8% de los válidos), y 11 mil 183 a Cárdenas con respecto al PRD (+1.1%), proviniendo dichos sufragios de electorados priístas o de otros partidos en las legislativas concomitantes. Seis años después, es la candidatura presidencial de Vicente Fox la que ejerce este efecto de arrastre en Chiapas, al movilizar 22 mil 591 sufragios (+2.2%) más que la ALIANZA POR EL CAMBIO en las legislativas.

En 2006, el voto “útil” aumenta todavía más, para beneficiar principalmente a Andrés Manuel López Obrador, quien moviliza 78 mil 116 sufragios más que los diputados



de la coalición PRD-PT-Convergencia (+6.5% de los votos válidos), provenientes fundamentalmente de electorados del PRI-PVEM y del PANAL. En los últimos comicios federales de 2012, finalmente, AMLO confirma su capacidad de atraer una parte decisiva del voto estratégico, “negativo” y diferenciado. Mientras que los candidatos a diputados de la Coalición por el Bien de Todos solamente suman 467 mil 789 sufragios en las legislativas, en la presidencial su candidato capta 635 mil 176 sufragios. Esta diferencia de más de 167 mil votos (+8.9% de los válidos) se debe a que 61 mil electores que votaron por el PRI en las legislativas no lo hicieron por Enrique Peña, además de los 48 mil electores del PANAL que no votaron por Gabriel Quadri, y de las diferencias notables en los totales de votos válidos (+48 mil) y emitidos (+22 mil) en ambos tipos de elecciones.

Evidentemente, la magnitud del voto “dividido” se incrementa cuando éste es analizado en el nivel seccional, ya que muchas transferencias (que pueden ser positivas o negativas) se compensan mutuamente al ser agregadas en el nivel estatal. Pero sobre todo, la exploración del fenómeno en esta escala permite ubicar las lógicas territoriales que lo conforman, al aislar dinámicas seccionales con una clara diferenciación geográfica. Para las elecciones presidenciales de 2012, se pueden identificar, así, al menos cinco tipos de secciones conforme a la magnitud y configuración de los distintos efectos locales de notabilidad (cuadro 9).<sup>12</sup>

En las 196 secciones que conforman la categoría 2 (en color rojo) se registran transferencias muy marcadas, de electorados priístas (-11.82 puntos) y de boletas anuladas (-3.74) en las legislativas, que votan válido y a favor de AMLO (+14.86 puntos porcentuales) en las presidenciales. Asimismo, el efecto “López Obrador” rebasa los 10 puntos porcentuales en las categorías 3 y 4, donde también capta votos que se anulan en las legislativas pero se diferencia fundamentalmente por el origen partidistas de los otros votos “útiles”. En las 424 secciones del tercer tipo dichos sufragios provienen esencialmente de sectores panalistas (-6.48 puntos), mientras que en las 214 secciones del cuarto tipo éstos se restan fundamentalmente de electorados del PAN (-6.25 puntos). En contraste, las

---

<sup>12</sup> Esta tipología ha sido construida mediante un análisis multifactorial de clasificación jerárquica ascendente, relacionando las variaciones respectivas de la ALIANZA POR MÉXICO, de la COALICIÓN POR EL BIEN DE TODOS, del PAN, del PASD y del PANAL entre las elecciones presidenciales y de diputados del 2 de julio de 2006, agregadas en el nivel de las 1 929 secciones electorales.

transferencias de votos son mucho más heterogéneas en las 472 secciones de la categoría 5, y notablemente moderadas en las 615 secciones restantes que integran la categoría 1 (véase cuadro 9).

CUADRO 9: COMPOSICIÓN TERRITORIAL DEL EFECTO “LÓPEZ OBRADOR” EN 2012

	Todas	1	2	3	4	5
V215 pNot_AMLO	7.4	1.9	14.9	10.9	12.7	5.8
V216 pNot_EPN	-3.2	-0.1	-11.8	-1.4	-3.1	-5.6
V217 pNot_JVM	0.7	0.7	2.1	1.0	-6.3	3.2
V218 pNot_QGT	-2.3	-0.9	-1.2	-6.5	-1.6	-1.2
V219 pNot_Nulos	-2.4	-1.4	-3.7	-3.2	-3.0	-2.1
V220 pNot_Part	-0.2	-0.2	-0.2	-0.7	0.3	0.0
V221 pNot_2012	9.9	4.5	17.6	13.5	13.2	9.1
% Cas-Urb	42.0%	13.0%	80.0%	74.0%	62.0%	27.0%
IDH	45.1	33.9	57.9	58.1	51.3	39.9
%Alfabetismo	76.2	68.0	82.4	85.3	80.1	74.4
% Monolingüismo	7.7	15.6	2.1	1.6	6.2	6.0
No. Secciones (inercia total 52.9%)	1921	615	196	424	214	472

En suma, mientras que en 1994 y 2000, alrededor del 5.2% y del 4.5% de los electorados “dividieron” sus votos válidos entre candidatos de distintos partidos en las presidenciales y legislativas, este fenómeno abarcó alrededor de 8.7% en 2006 y de 9.9% en 2012. Dichos efectos de notabilidad tienen una distribución geográfica cambiante, relacionada con la popularidad de los distintos candidatos presidenciales. Pero si ésta fue relativamente heterogénea en 1994 (cuando se combinaron dos efectos distintos a favor de Fernández de Cevallos y de Cárdenas), tanto el voto “útil” del que se benefició Vicente Fox en el 2000 como los impresionantes efectos de arrastre de Andrés Manuel López Obrador en 2006 y 2012, se concentraron en contextos altamente urbanizados. Pero ello, la distribución territorial de los promedios seccionales del conjunto de votos “útiles” registrados desde 1994 se relaciona positiva y estrechamente con los niveles seccionales del desarrollo humano, alcanzando un coeficiente de correlación de +0.634 ( $r^2 = 40.2\%$ ) durante el período de estudio.

### *El voto volátil “de intercambio”, faccional y clientelar*

Finalmente, cabe distinguir un tercer tipo de secciones que se caracterizan por una acentuada volatilidad, relacionada con procesos de la más diversa índole que dificultan su interpretación general. En efecto, en cualquier democracia resulta normal que algunos

electores cambien de preferencia partidista a lo largo del tiempo, dando lugar a lo que se conoce como el realineamiento electoral. Sin embargo, cuando la volatilidad en una sección particular adquiere puntualmente magnitudes totalmente atípicas que rompen con la dinámica general del sistema de partidos local, esto puede indicar comportamientos electorales colectivos que ponen en juego mecanismos diversos de intercambio, de tipo faccional o clientelar.

Para ilustrar este tipo de comportamiento, tomemos dos ejemplos concretos. El primero proviene de una investigación etnográfica de Sophie Hvostoff en la colonia indígena más emblemática de la periferia de San Cristóbal de Las Casas, conocida como “La Hormiga”.<sup>13</sup> Este barrio fue fundado por expulsados chamulas en 1984 y se transformó en el centro de un nuevo poder “indígena”, al calor de las luchas por la legalización de los predios y el acceso a los servicios públicos. Bajo el liderazgo de su fundador, quien luego encabezó la organización indígena independiente más poderosa de Los Altos de Chiapas, esta colonia indígena urbana también se transformó en una codiciada reserva de votos cautivos, antes de fragmentarse en el contexto de la democratización electoral.

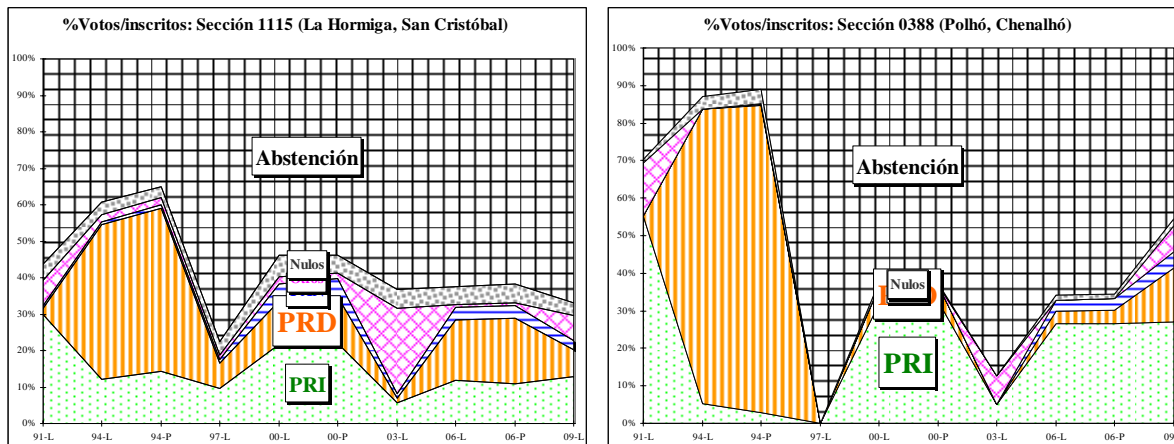
Este proceso se refleja claramente en las tendencias de la sección electoral. En 1994, un sector importante del barrio rompe con el PRI y vota nutridamente por el PRD, lo que le valdrá a su dirigente ser postulado y electo diputado local de dicho partido en 1995. Pero su combatividad e independencia lo llevarán pronto a su destitución y encarcelamiento, sancionando el declive de su influencia local y regional. En términos electorales, ello se traduce en una acentuada volatilidad, resultado de diversas divisiones faccionales y de alianzas cambiantes –con el PRD en 1994, con el PRI en 1997 y 2000, con el PAS en 2003, y de nuevo con el PRD en 2006–. Sin embargo, el éxito de las consignas sucesivas de los principales dirigentes locales se debilita cada vez más, lo que se refleja en un elevado abstencionismo y en una creciente fragmentación del voto válido. Como bien lo demuestra la etnografía cualitativa de Sophie Hvostoff, de un voto “comunitario”,

---

<sup>13</sup> Hvostoff, Sophie, *La communauté abandonnée: l'invention d'une nouvelle indianité urbaine dans les périphéries tzotziles et tzeltales de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Mexique (1974-2001)*, Francia, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 2002

disciplinado y hegemónico, se pasa así a un sufragio neo-corporativo “de intercambio”, faccional y clientelar (gráficas 2 y 3).

GRÁFICAS 2 Y 3: EVOLUCIÓN DEL VOTO/ INSCRITOS (SECCIONES 1115 Y 0388)



El segundo ejemplo se relaciona con las consignas sucesivas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que llama a votar por el PRD en 1994 antes de promover el abstencionismo electoral. Ello se traduce en una impresionante volatilidad de la participación electoral a favor del PRD, partido que, tras beneficiarse de una movilización excepcional en 1994, desaparece prácticamente tras el retiro de los simpatizantes zapatistas. Como botón de muestra, la gráfica 3 ilustra la evolución del voto en la sección 0388 de Chenalhó, donde se ubica el famoso “municipio autónomo rebelde” de Polhó. Como lo mostramos en otros trabajos, el análisis cuantitativo y cualitativo de este fenómeno proporciona un buen indicador de la influencia del EZLN, y de los efectos contradictorios de la rebelión armada en la llamada zona de conflicto.

Ambos tipos de votos se aparentan de alguna forma al modelo teórico de la elección racional, pero con una diferencia sustancial: éstos no se basan en cálculos beneficios-costos de tipo individual, sino en procesos grupales de organización y movilización, negociación y presión; se apoyan, ya sea en lealtades de tipo corporativo, “comunitario” o faccional, ya sea en relaciones asimétricas de intercambio y apoyo mutuo, de tipo patrón-cliente. Para

obtener una aproximación de la magnitud de este fenómeno, analicemos ahora la evolución histórica de la volatilidad en el nivel seccional.<sup>14</sup>

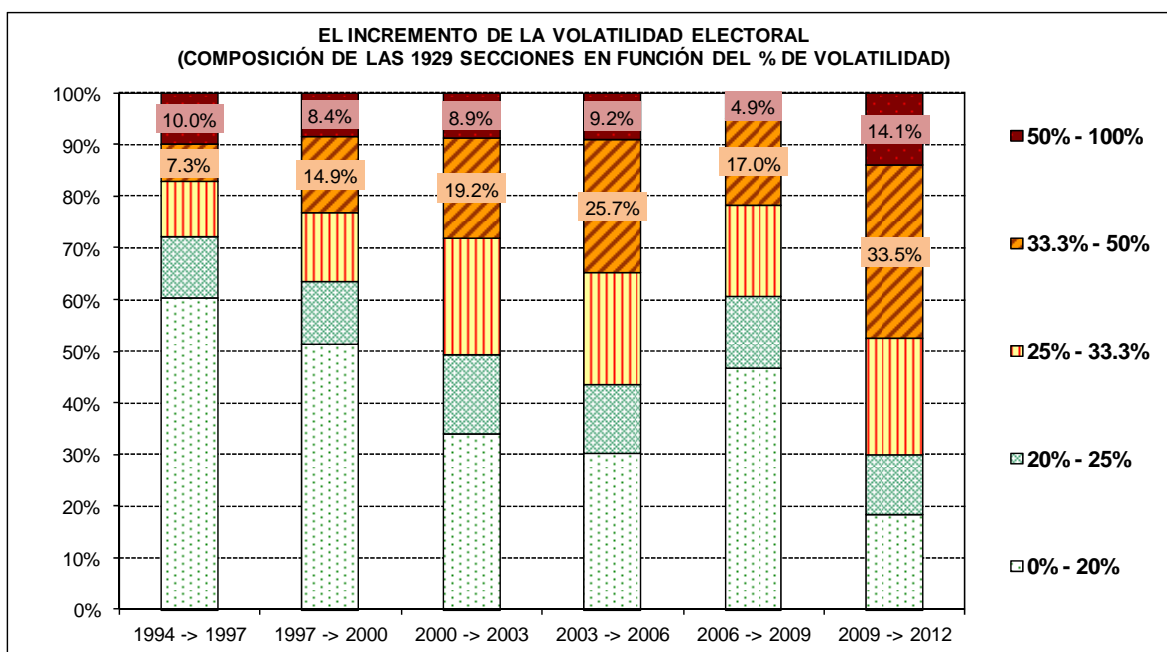
En términos generales, se registra un fuerte y constante incremento de la volatilidad electoral, que pasa de un promedio de 23 (con una mediana de 17) entre 1994 y 1997, a un promedio de 34 (con una mediana del 33) entre 2009 y 2012. Dicho incremento se explica en parte por la creciente fragmentación del sistema de partidos, y se observa con claridad en la siguiente gráfica. Al inicio del periodo analizado, solamente 333 secciones (17.3% del total) se caracterizan por una volatilidad mayor a 33, mientras que al final, su número casi se triplica a 913 secciones (47.6% del total). En otras palabras, en la mitad de las 1 929 secciones al menos uno de cada tres electores cambia súbitamente de orientación partidista entre 2009 y 2012, implicando incluso a uno de cada dos electores en el 14.1% de los casos (gráfica 4).

Como pudimos verificarlo mediante diversas aproximaciones etnográficas de votos corporativos y faccionales, se trata de un fenómeno muy heterogéneo y multifacético, cuyas manifestaciones varían considerablemente en sus significados por lo que requieren ser analizadas caso por caso. Por lo pronto, limitémonos a ubicar las secciones con una volatilidad extrema, distinguiendo además el caso específico del “abstencionismo zapatista” que ya tuvimos la oportunidad de estudiar con mayor profundidad. En términos generales, se registran volatilidades atípicas en 607 secciones, situadas en contextos eminentemente rurales (75% del total) pero sin una distribución geográfica consistente. En cambio, el comportamiento específico de las bases rebeldes sí caracteriza a 92 secciones ubicadas en 18 municipios predominantemente rurales e indígenas de las regiones Selva y Altos, concentrándose en 27 secciones en las que los zapatistas movilizaron incluso a más de la mitad de la población en edad de votar.

---

<sup>14</sup> Nos enfocamos en el periodo posterior a 1994, ya que las variaciones impresionantes que se producen entre 1991 y 1994 coinciden con la implosión del antiguo régimen posrevolucionario y remiten a un cambio radical del sistema político-electoral. Utilizamos para ello el índice clásico de *Pederson*, cuya distribución normal nos servirá para identificar las secciones con volatilidades desproporcionadas y atípicas. Éste corresponde a la suma del valor absoluto del conjunto de variaciones registradas a favor o en detrimento de cada partido contendiente, dividida por dos (ya que por razones aritméticas las “ganancias” de votos de un partido particular necesariamente provienen de las “perdidas” de otro instituto contendiente). Véase Taagepera, Rein y Matthew S. Shugart (1989), *Seats and Votes: The Effects and Determinants of Electoral Systems*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Gráfica 4: EL INCREMENTO DE LA VOLATILIDAD ELECTORAL SECCIONAL (1994-2012)



### El perfil territorial, socio-económico y partidista de los tipos extremos del voto

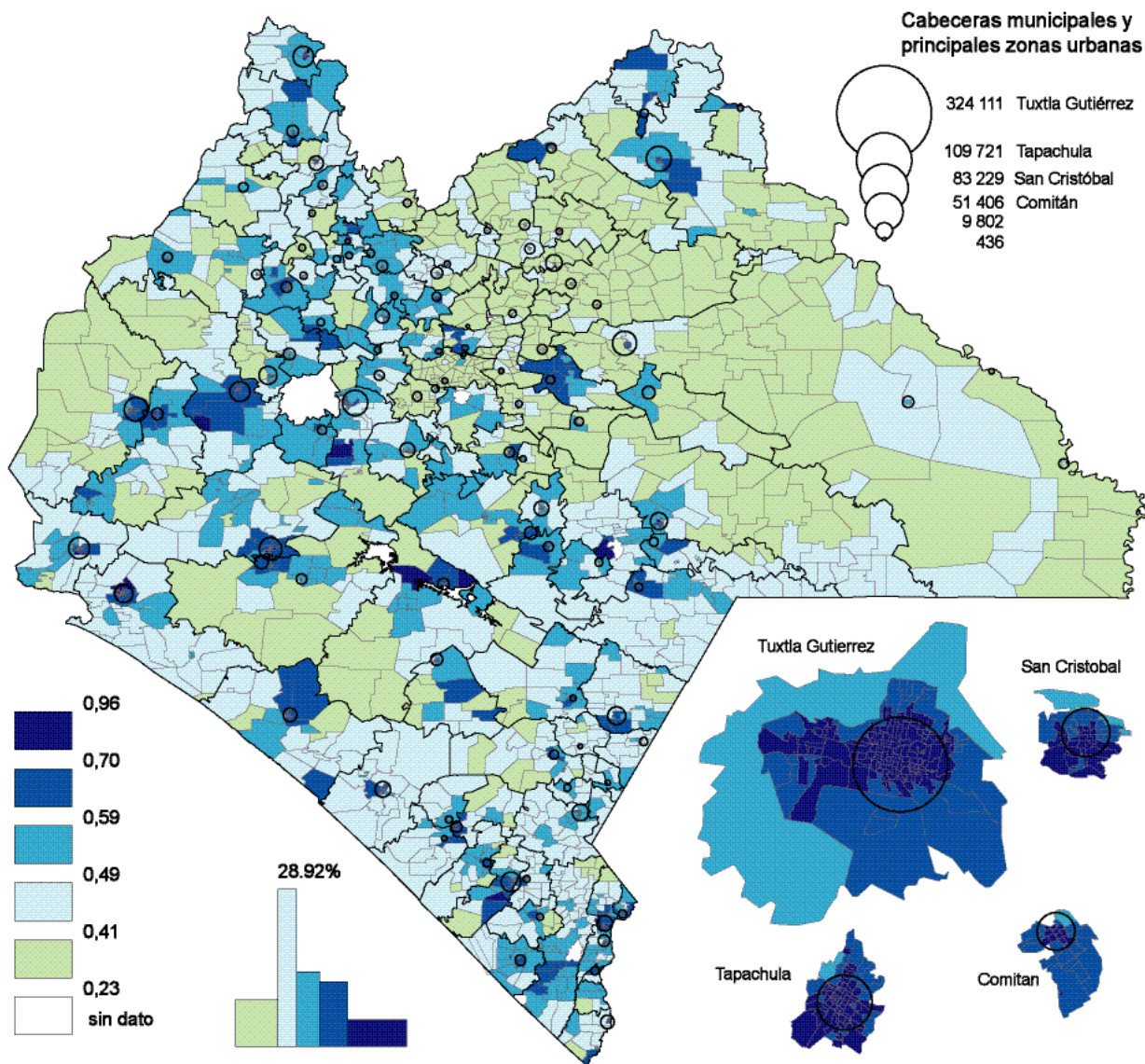
¿Cómo se relacionan, ahora, estas distintas dimensiones del voto con las otras desigualdades demográficas, económicas y socio-culturales que estructuran la entidad, y cómo se relacionan éstas con las orientaciones partidistas que conforman el agregado heterogéneo de la participación electoral? De manera preliminar, caractericemos brevemente la geografía humana de Chiapas, marcada por profundas desigualdades demográficas, socio-económicas y étnico-culturales, así como por una clara oposición entre las zonas mestizas e indígenas, urbanas y rurales. El siguiente mapa ilustra las principales estructuras del (sub-)desarrollo en el nivel de las 1 929 secciones electorales, partiendo de un índice sintético que permite aproximarse a los niveles de educación, salud y bienestar material, con datos provenientes del último Censo del INEGI de 2005.

Chiapas es una entidad eminentemente agraria, rural e indígena, con uno de los problemas más graves de marginación socio-demográfica de toda la República. Con la notable excepción de la capital del Estado (Tuxtla Gutiérrez) y de cinco municipios más que albergan los polos económicos más dinámicos de la entidad (San Cristóbal de Las

Casas, en Los Altos; Comitán de Domínguez, en los valles ganaderos; Tapachula y Tonalá, sobre la costa del Pacífico; y el municipio petrolero de Reforma, en la frontera Norte que colinda con Tabasco), el resto del estado se caracteriza por una alta dispersión demográfica y por bajos índices de desarrollo social.

MAPA 11: DISTRIBUCIÓN SECCIONAL DEL DESARROLLO SOCIO-ECONÓMICO EN 2010

### Distribución seccional del desarrollo socio-económico en Chiapas



Willibald Sonneitner (CES-COLMEX), con Philcarto: <http://philcarto.free.fr>



Se distinguen, adicionalmente, cuatro dinámicas territoriales con niveles de desarrollo claramente diferenciados: (1) la de las zonas de influencia de las principales ciudades, que se benefician de su dinamismo socio-económico y se sitúan a lo largo de las principales vías de comunicación (en azul); (2) la de las cabeceras municipales con índices más elevados de desarrollo, que contrastan con las secciones periféricas y rurales; (3) un tercer grupo de secciones con índices moderados de marginación (color celeste claro), situadas en las regiones rurales más prósperas de la Costa del Pacífico, del Valle Central y de las Llanuras de Comitán, así como en las Llanuras de Pichucalco y de Palenque en el Norte del estado; (4) y un cuarto conjunto de 557 secciones que concentran los mayores índices de rezago socio-económico (verde claro), ubicadas principalmente en las zonas indígenas, en el corazón de la Selva, en Los Altos y en el Norte, pero también en las partes más desfavorecidas del Valle Central y de la frontera con Oaxaca, en las que predominan poblaciones rurales mestizas.

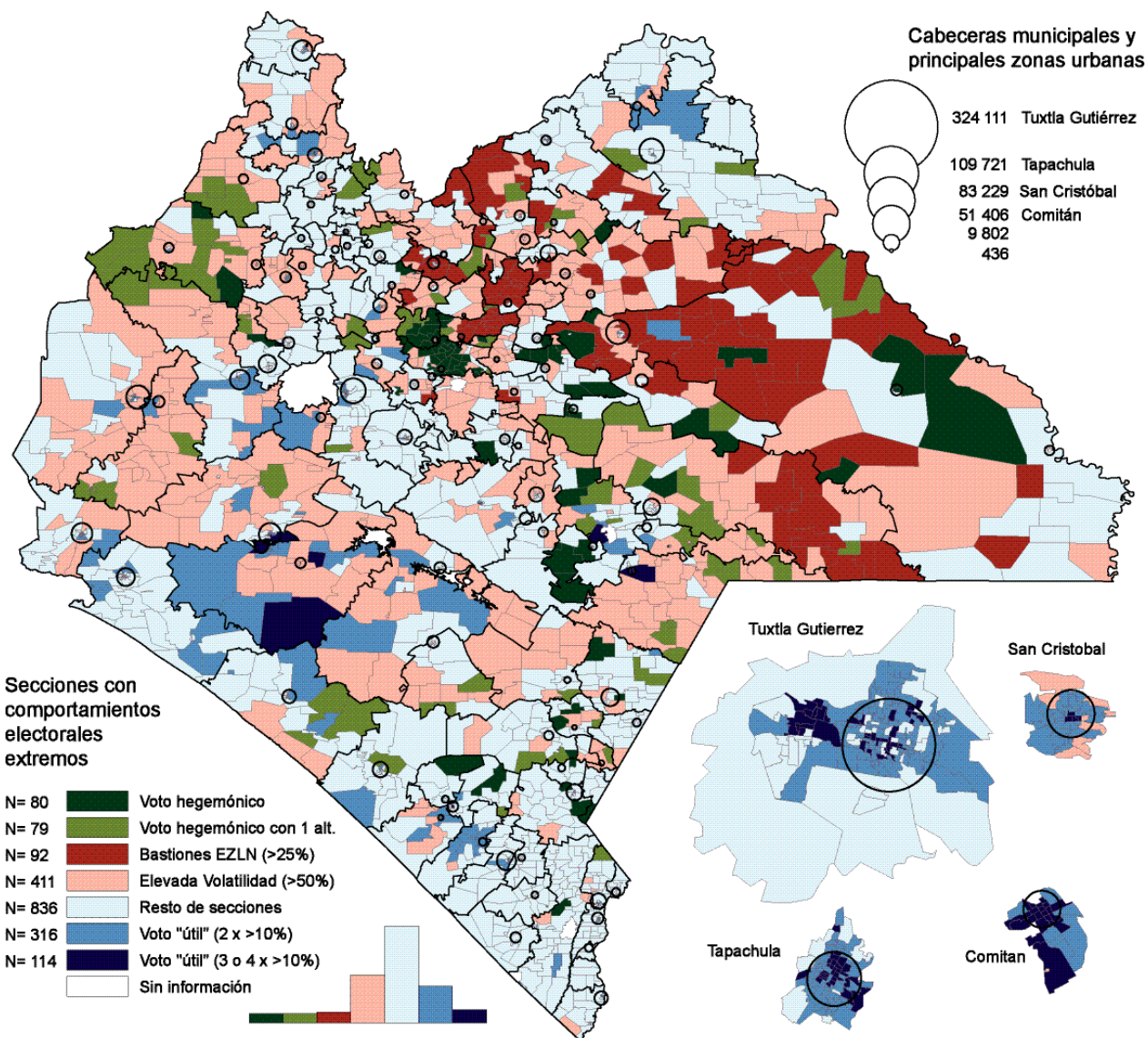
¿Cómo se relacionan, ahora, estas desigualdades socio-económicas con las desigualdades territoriales y antropológicas en el ejercicio del sufragio? El siguiente mapa reporta la ubicación geográfica de las distintas dimensiones ideal-típicas del voto. Para identificar estas secciones, adoptamos criterios más restrictivos que permiten captar los comportamientos más extremos entre 1991 y 2012. Ello permite ubicar las microrregiones con patrones consistentes a lo largo del período de estudio, caracterizando de paso su peso relativo y su composición socio-demográfica.

Retomemos, para empezar, las secciones con comportamientos de aparente unanimidad. En términos cuantitativos, este tipo de “*hegemonía mono-partidista*” con pluralismo limitado caracteriza 159 secciones en las que la primera fuerza capta más del 66.6% del sufragio en al menos siete elecciones federales: en 80 de ellas, nunca se produjo ninguna alternancia, mientras que en las 79 restantes sí hubo un cambio puntual de partido dominante. Por lo tanto, no se trata de un fenómeno que beneficia exclusivamente al PRI, ya que también existen secciones en las que, tras una alternancia, el partido del Sol Azteca estableció a su vez una marcada hegemonía monopartidista. Tampoco se trata de un comportamiento exclusivo de la zona indígena, ya que 34.6% de estas secciones se



encuentran en territorios mestizos. En cambio, sí se trata de un fenómeno eminentemente rural, en la medida en la que sólo 10% de ellas se encuentran en contextos urbanos. Quizás por ello, el PAN tampoco cuente con este tipo de feudos electorales, en la medida en la que el blanquiazul se caracterizó tradicionalmente por una notable concentración citadina (mapa 12).

MAPA 12: DISTRIBUCIÓN TERRITORIAL DE LAS DIMENSIONES IDEAL-TÍPICAS DEL VOTO



La segunda dimensión se asocia con una fuerte volatilidad, cuyos contenidos son mucho más heterogéneos y resultan más difíciles de interpretar. Por ello, en este análisis

exploratorio nos limitamos a ubicar las 503 secciones que registraron una volatilidad superior al 50% del voto en al menos una elección del período 1991-2012, distinguiendo entre ellas las 92 secciones en las que el fenómeno se asocia directamente con las consignas sucesivas del EZLN entre 1994 y 1997. En términos generales, éstas secciones también se sitúan en contextos eminentemente rurales (84.3% del total), aunque tienen una distribución geográfica más dispersa. En contraste con el comportamiento específico de las bases rebeldes (que se concentra en algunos municipios rurales [98.9% de los casos] e indígenas [94.6% de los casos] de las regiones Selva y Altos), las 411 secciones restantes también son rurales (81%) pero se distribuyen de una forma equitativa entre las zonas mestizas (49.1%) e indígenas (50.9%). Se trata, pues, de un comportamiento que se vuelve cada vez más frecuente en el campo chiapaneco, pero se extiende tanto en la zona indígena como en las secciones rurales del Norte, del Valle Central y de las Llanuras de Comitán, siendo curiosamente menos frecuente en la Costa del Pacífico, en la Sierra, en las Llanuras de Palenque y en las montañas zoques (mapa 12).

Finalmente, los votos “estratégicos” y “divididos” han tenido una distribución geográfica cambiante, relacionada con los efectos diferenciados de notabilidad personal de los distintos candidatos presidenciales. Pero si ésta fue relativamente heterogénea en 1994 (cuando se combinaron dos efectos distintos a favor de Fernández de Cevallos y de Cárdenas), tanto el voto “útil” del que se benefició Vicente Fox en 2000, como los crecientes efectos de arrastre de AMLO en 2006 y 2012, se concentraron en contextos altamente desarrollados y urbanizados. Ello se visualiza al ubicar las 430 secciones en las que más del 10% de los electores “cruzaron” sus votos en al menos dos ocasiones (en color celeste), volviéndose todavía más claro en las 114 secciones en las que ello ocurrió incluso en tres o en cuatro ocasiones (en color azul oscuro). Ambos tipos de comportamientos se ubican en contextos eminentemente urbanos (88.9% y 98.3% de los casos, respectivamente) y –como veremos ahora– con elevados índices de desarrollo socioeconómico.

Para terminar, los siguientes cuadros permiten sintetizar la composición socio-demográfica y político-partidista de nuestra tipología exploratoria sobre las dimensiones antropológicas del voto, complementando útilmente el análisis territorial. Como podía

esperarse, los tipos extremos relacionados con votos gregarios de tipo “hegemónico” y/o “unánime”, se sitúan en contextos eminentemente rurales y se caracterizan por menores grados de desarrollo social; éstos contrastan fuertemente con las secciones más urbanas en las que se concentran los votos estratégicos “de convicción” y/o “de opinión”, con comportamientos más selectivos e individualizados y con índices mucho más elevados de alfabetismo, educación secundaria y acceso al seguro social (cuadro 10).

CUADRO 10: COMPOSICIÓN SOCIO-DEMOGRÁFICA DE LOS TIPOS EXTREMOS DEL VOTO

Tipos Extremos	No Sec	LN 2006	%LN	%Urbanas	IDHWS	IDH_Alf	IDH_Sec	IDH_Dree	IDH_IMSS	pHLI	cHLI
Hegemonía monopartidista	80	82,400	3.2	12.5	29.8	61.0	25.4	23.7	17.4	71.1	72.5
Hegemonía con "alternancia"	79	85,323	3.3	8.9	33.4	68.6	27.1	37.7	9.3	39.5	58.2
Bastiones EZLN	92	113,363	4.4	1.1	28.9	61.5	28.2	21.0	16.9	86.3	94.6
Volatilidad >50%	411	491,930	19.0	19.0	37.0	70.4	30.4	42.4	12.6	37.1	50.9
Otras	837	1,111,167	42.8	39.1	43.9	76.7	37.1	51.1	18.4	17.7	26.4
Voto "útil" 2 x >10%	316	549,359	21.2	88.9	61.9	87.1	54.4	73.3	38.2	5.2	14.2
Voto "útil" 3 / 4 x >10%	114	160,333	6.2	98.3	69.0	91.3	62.1	80.7	46.7	2.4	6.1
<b>Total</b>	<b>1,929</b>	<b>2,593,868</b>	<b>100.0</b>	<b>42.4</b>	<b>45.1</b>	<b>76.2</b>	<b>38.7</b>	<b>51.5</b>	<b>21.6</b>	<b>25.3</b>	<b>34.9</b>

El voto “de intercambio” –que también indica comportamientos de tipo corporativo y/o clientelar, pero en un contexto de mayor fragmentación y/o pluralidad–, ocupa una situación intermedia en términos socio-demográficos, por su creciente importancia y heterogeneidad. Éste aglutina tanto a las 92 secciones con fuerte presencia zapatista –que destacan por los índices más elevados de ruralidad, analfabetismo, marginación y dificultad de acceso a la salud y a la educación secundaria– como a un conjunto menos rezagado de 411 secciones –que combinan probablemente dinámicas colectivas de tipo faccional, con transacciones y motivaciones todavía más cambiantes, en ocasiones quizás de tipo individual–. Por ello, el estudio profundizado de esta tercera dimensión del voto, la más característica del contexto actual de la democratización chiapaneca, también plantea los mayores desafíos e interrogantes para futuras investigaciones.

A su vez, se observa una relación significativa entre los distintos tipos del voto, y la orientación de las preferencias político-partidistas. Mientras que el PRI no deja de perder fuerza en la medida en la que se pasa de comportamientos más “consensuales”, gregarios y corporativos a comportamientos más volátiles, estratégicos e “individualizados”, el PAN es sumamente débil en los primeros tipos de secciones e incrementa continuamente su

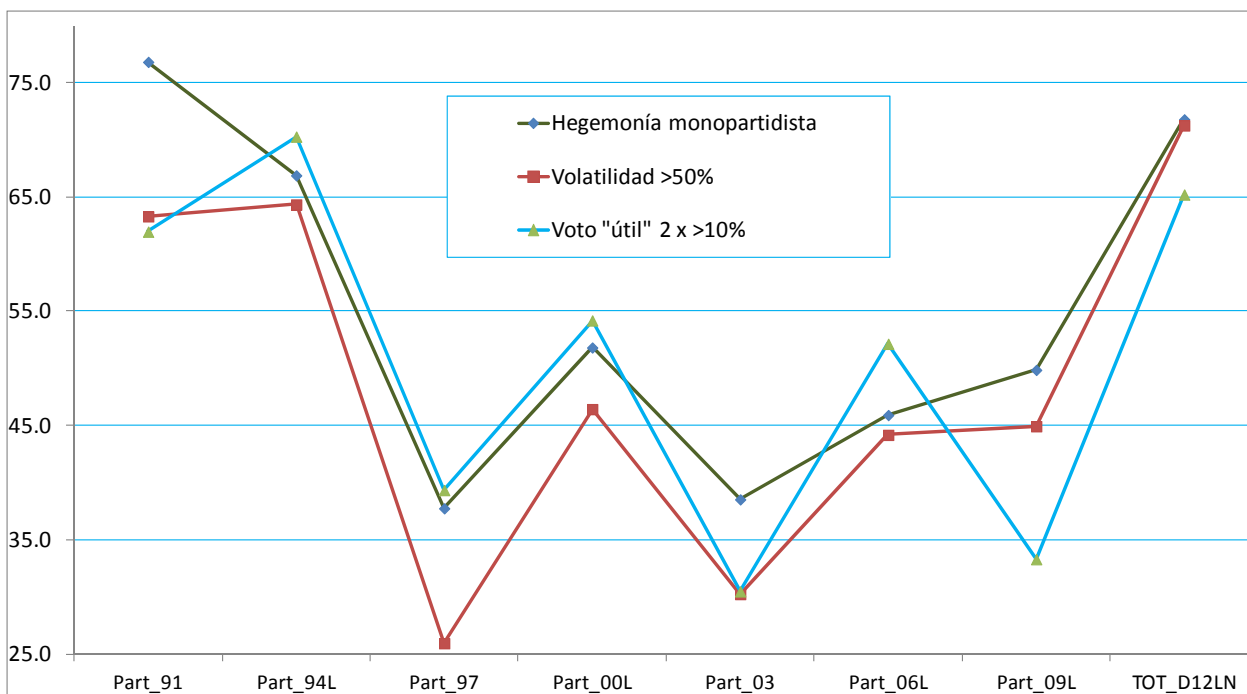
presencia en las últimas. Algo similar sucede con los otros partidos y con el PRD, aunque en este último caso, las bases del Sol Azteca se concentran en las secciones con mayor volatilidad, independientemente del éxito coyuntural que puedan tener algunos de sus candidatos en las secciones con mayor proporción de votos “útiles” (cuadro 11).

CUADRO 11: COMPOSICIÓN POLÍTICO-PARTIDISTA DE LOS TIPOS EXTREMOS DEL VOTO

Tipos Extremos	No Sec	Max 91-12	Volat 94-12	pNot 94-12	pPRI 91-12L	pPAN 91-12L	pPRD 91-12L	pOtros 91-12
Hegemonía monopartidista	80	76.2	20.7	3.0	73.5	5.3	13.7	7.4
Hegemonía con "alternancia"	79	71.2	27.1	3.6	63.6	8.7	19.6	8.1
Bastiones EZLN	92	60.5	47.4	2.3	45.1	6.0	38.8	10.1
Volatilidad >50%	411	58.6	36.1	4.3	48.0	12.1	29.3	10.5
Otras	837	53.9	24.4	4.8	46.1	17.0	28.0	8.9
Voto "útil" 2 x >10%	316	48.6	27.1	10.0	36.7	24.8	26.7	11.8
Voto "útil" 3 / 4 x >10%	114	48.1	25.2	13.9	36.8	25.8	25.0	12.3
<b>Total</b>	<b>1,929</b>	<b>55.6</b>	<b>28.4</b>	<b>5.8</b>	<b>46.0</b>	<b>16.9</b>	<b>27.2</b>	<b>9.9</b>

Finalmente, en contraste con las variables socioeconómicas y partidistas, la relación entre las dimensiones antropológicas del voto y la magnitud de la participación electoral resulta menos clara, estable y contundente. Tanto al inicio y al final del período de estudio, como en las legislativas intermedias de 2003 y 2009, la movilización electoral es mucho más sostenida en las secciones con comportamientos hegemónicos que en las secciones con votaciones estratégicas. Sin embargo, este patrón se desborra en las legislativas intermedias de 1997 y se invierte en las presidenciales de 1994, 2000 y 2006, en las que los picos más elevados de participación se concentran en las secciones con mayores tasas de votos “útiles”. En cuanto a las secciones que concentran la volatilidad electoral, éstas suelen ser más abstencionistas hasta 2006, pero se vuelven más participativas en 2009 y 2012. Pero lo más curioso es que las últimas elecciones presidenciales, a pesar de caracterizarse por una tasa de participación muy similar a la de 1994, movilizan sobre todo en las secciones más volátiles y hegemónicas, rompiendo con el patrón observado en las tres presidenciales precedentes (cuadro 12 y gráfica 13).

*Gráfica 13: Tendencias de la participación electoral por tipo de voto*



CUADRO 12: COMPOSICIÓN POLÍTICO-PARTIDISTA DE LOS TIPOS EXTREMOS DEL VOTO

Tipos Extremos	No Sec	Part_91	Part_94L	Part_97	Part_00L	Part_03	Part_06L	Part_09L	Part_12L
Hegemonía monopartidista	80	82.5	72.4	40.6	54.5	40.4	46.3	49.2	71.3
Hegemonía con "alternancia"	79	71.0	61.3	34.8	49.1	36.6	45.5	50.6	72.3
Bastiones EZLN	92	56.1	74.3	14.1	41.2	24.5	41.2	41.4	70.9
Volatilidad >50%	411	64.9	62.1	28.6	47.6	31.6	44.9	45.7	71.3
Otras	837	69.9	66.1	40.0	52.0	33.1	48.0	42.0	68.7
Voto "útil" 2 x >10%	316	62.8	69.5	38.5	53.0	29.9	51.0	32.7	64.8
Voto "útil" 3 / 4 x >10%	114	59.6	72.3	41.7	57.4	32.1	55.4	35.0	66.4
<b>Total</b>	<b>1,929</b>	<b>67.0</b>	<b>66.6</b>	<b>36.0</b>	<b>51.0</b>	<b>32.2</b>	<b>47.8</b>	<b>41.5</b>	<b>68.8</b>

Como resultado de este comportamiento errático y cambiante, resulta imposible establecer una relación consistente entre los distintos tipos de votos y la intensidad de la participación electoral. Y es precisamente por esa misma razón que no se verifica ninguna correlación significativa entre los promedios seccionales del desarrollo socio-económico y la participación electoral. Sin embargo, ello no permite concluir que la primera variable no incide sobre la segunda, particularmente cuando ésta se relaciona con los principales componentes político-partidistas del voto, que sí se relacionan estrechamente con los niveles territoriales de educación, salud y bienestar material.

## **Hallazgos principales y conclusiones**

Ha llegado el momento de extraer las principales conclusiones de esta contribución. En primer lugar, hemos visto que sí existe una diferenciación relevante entre el voto urbano y el voto rural. Sin embargo, ésta no se manifiesta en la magnitud de la participación electoral, sino en su (des-)composición político-partidista: en la medida en la que el declive del antiguo partido hegemónico es mucho más lento, progresivo e incompleto en el ámbito rural (donde EPN sigue obteniendo una ventaja más amplia sobre AMLO), las oposiciones panistas, perredistas y de otros signos partidistas obtienen éxitos más tempranos y contundentes en las ciudades más importantes del país (donde el voto es más heterogéneo y autónomo que en el campo).

No obstante, esta diferenciación partidista de los comportamientos electorales urbanos y rurales se ha venido reduciendo constantemente desde principios de los noventa. Mientras que el margen promedio de victoria del PRI en el campo todavía rebasaba los 64 puntos porcentuales en 1991, éste se redujo a 21.3 puntos en 2012. Consecuentemente, la presencia de los otros partidos políticos no ha dejado de extenderse e incrementarse a lo largo y ancho del territorio nacional. Pero sobre todo, tras la alternancia presidencial del año 2000, resulta notable la creciente expansión del PAN en muchas zonas rurales en las que brillaba tradicionalmente por su ausencia. Todo ello se refleja en una generalización del pluralismo político tanto en las ciudades como en el campo.

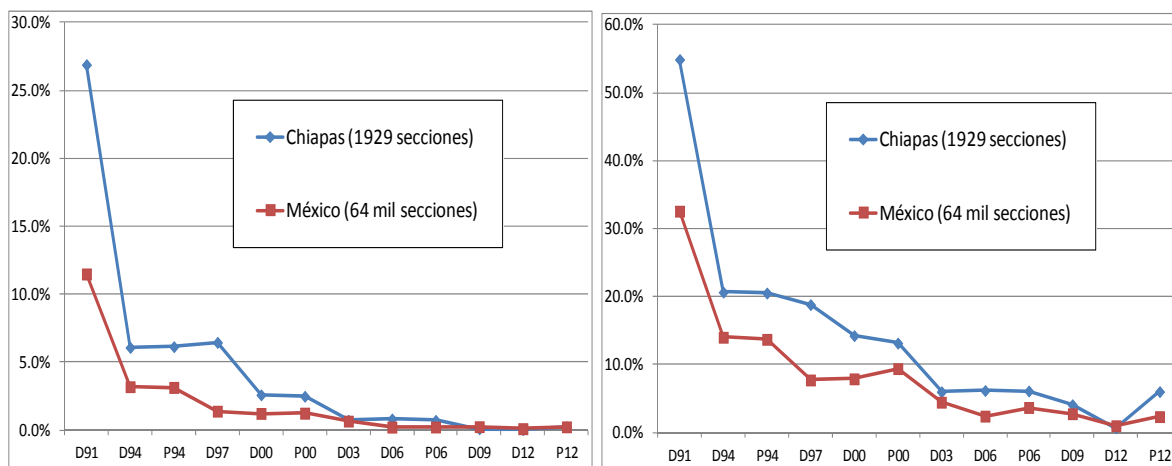
De ahí el interés de desarrollar enfoques teórico-metodológicos plurales que permitan conceptualizar y captar, medir y explicar la creciente heterogeneidad y volatilidad del voto de los mexicanos. Como pudimos constatarlo, el comportamiento electoral de los chiapanecos en el nivel seccional recubre modalidades muy diversas y cambiantes. Junto con el tipo ideal del voto individual “de opinión” y “de convicción” –cuya aparición es reciente pero cuya proporción no ha dejado de aumentar–, coexisten motivaciones propiamente identitarias y afectivas, así como votos de intercambio colectivo y/o individual, que movilizan lealtades faccionales y relaciones de tipo clientelar.

Las votaciones que se celebran, así, en una comunidad campesina tras un intenso proceso de cabildo público, muy poco tienen que ver con las reflexiones personales que

motivan el sufragio de tal o cual ciudadano tuxtleco, comiteco o sancristobalense, sea éste mestizo o indígena. Para todos ellos, el voto es una práctica nueva que todavía se aprende y cuyos contenidos siguen siendo el objeto de confusiones y frustraciones, por lo menos tanto como de actitudes y expectativas ciudadanas. Pero, ¿hasta qué punto Chiapas es representativo, y hasta qué punto es una excepción dentro del contexto más amplio de la democratización mexicana? Sin poder profundizar en esta pregunta crucial, analicemos la evolución de dos indicadores básicos que sustentan nuestra propuesta teórico-metodológica.

El primero es la proporción de secciones con comportamientos de tipo unánime (la primera fuerza recibe más del 90% de los sufragios) y/o monopartidista (con un solo partido relevante). Tras un periodo de rezago relativo en Chiapas –donde en 1991, el 55% de las secciones todavía estaba bajo el control de un partido hegemónico (que captaba incluso más del 90% de los votos en 27% de los casos)–, desde 2003 estas situaciones se vuelven francamente marginales, aunque en 2012 todavía sigan caracterizando a 6% de las secciones en Chiapas y a 2.3% de las secciones en México (monopartidismo), así como a 0.3% y a 0.2% según el criterio más restrictivo de unanimidad electoral (gráficas 14 y 15).

*Gráficas 14 y 15: Evolución de secciones unánimes y monopartidistas*



En contraste, las tendencias en el incremento del voto estratégico muestran un arraigo más temprano y avanzado en Chiapas que en el resto de la Federación. En 1994, el promedio seccional de este fenómeno ya se situaba en 4.4% en el primer caso, contra 4.2% para el conjunto del país. Desde entonces, el voto útil era ejercido por más de una quinta



parte del electorado en 2.2% de las secciones, mientras que ello solamente era el caso para 1.3% de las secciones en el nivel federal. Dieciocho años después, dicha tendencia se confirma y amplía considerablemente. Durante las pasadas elecciones presidenciales, el promedio seccional de votos cruzados alcanzó 9.9% del sufragio válido en Chiapas y fue de 9.1% en el resto del país. Pero la parte de secciones en las que al menos uno de cada cinco chiapanecos dividió sus votos se elevó a 5.6% del total en este estado sureño, contra 4.7% para el conjunto de la Federación.

Sin autorizar generalizaciones, las tendencias observadas sí permiten pensar que los procesos detectados en Chiapas distan mucho de ser excepcionales y también merecen ser analizados con mayor profundidad en el nivel federal. Tras un largo periodo de gran estabilidad y homogeneidad electoral, se registra un declive generalizado de las secciones monopartidistas y un incremento paulatino del voto estratégico e individualizado, en un contexto en el que sigue predominando probablemente el voto de intercambio, corporativo y faccional.

Si bien estos tipos ideales se han vuelto cada vez más escasos en su forma pura, sus dimensiones constitutivas siguen permeando, en forma híbrida, los comportamientos de numerosas secciones electorales. En cuanto a la diferenciación urbano-rural del voto, ésta se ha debilitado paulatinamente desde 1991 pero sigue siendo una de las variables con mayor capacidad predictiva de las preferencias partidistas; no obstante, dista mucho de determinar el voto, por lo que no debe ser concebida en términos dicotómicos: en efecto, existen tanto secciones rurales sumamente plurales como secciones urbanas dominadas por comportamientos monopartidistas, corporativos y/o eminentemente clientelares.

Los hallazgos derivados de la experiencia chiapaneca invitan así a desarrollar análisis similares en otras entidades y micro-regiones mexicanas, para poner a prueba la validez eventual de la tipología propuesta. En efecto, otros estudios recientes basados tanto en métodos etnográficos como en amplias encuestas representativas a nivel federal, confirman que la referida diversidad de los comportamientos electorales caracteriza muchos otros territorios y votantes del país.



Como botón de muestra, los minuciosos trabajos antropológicos de Héctor Tejera Gaona permiten captar la heterogeneidad de los contenidos del voto en los contextos eminentemente urbanos del Distrito Federal, donde cohabitan formas relativamente autónomas e individualizadas de participación con prácticas eminentemente corporativas de movilización electoral. Asimismo, las investigaciones de Winocur y Gutiérrez en la misma ciudad, de De la Peña y De la Torre en los barrios populares de Guadalajara, o de Dehouve, Franco y Hémond en Guerrero, entre muchos otros más, ponen de manifiesto la enorme heterogeneidad de las representaciones, actitudes y motivaciones que se movilizan durante cada proceso electoral, así como la persistencia de prácticas políticas de índole corporativo, faccional y de intercambio clientelar, tanto en el campo como en la ciudad.<sup>15</sup>

Ante esta heterogeneidad del voto, las encuestas de opinión también enfrentan delicados problemas metodológicos para captar fenómenos tan elementales y complejos como la identificación partidista y la misma participación electoral, cuya estabilidad y coherencia teóricas difícilmente resisten a la volatilidad de sus mediciones empíricas, al incremento de los electores “apolíticos” y/o “independientes”, y a la magnitud creciente de la volatilidad, del abstencionismo “estratégico”, y del “cruzado” y dividido.<sup>16</sup>

¿Por qué debería de haber identidades político- partidistas cristalizadas desde la temprana infancia, en un país que apenas descubre y re-inventa la participación política en un contexto de incipiente pluralismo electoral? ¿Pueden los modelos clásicos del voto – desarrollados en Europa y los Estados Unidos, donde los partidos políticos surgen de

---

<sup>15</sup> Tejera Gaona, Hector, *No se olvide de nosotros cuando esté allá arriba: Ciudadanos, cultura y campañas electorales en la ciudad de México*. México, Porrúa, 2003; Winocur, Rosalía y Gutiérrez, Roberto *Estudio cualitativo sobre las modalidades civiles y políticas de participación en el Distrito Federal*, México, IFE, 2007; De la Peña, Guillermo y De la Torre, Reneé, *Religión y política en los barrios populares de Guadalajara* México, Estudios Sociológicos, Vol. VIII, Núm. 24, 2003 pp.571-602; Dehouve, Daniele, Franco, Víctor y Hémond, Aline (coords.), *Multipartidismo y poder en municipios indígenas de Guerrero*, México, CIESAS, Universidad Autónoma de Guerrero, Cooperativa Editorial Universitaria, 2006

<sup>16</sup> Moreno, Alejandro y Méndez, Patricia, *Identificación partidista en las elecciones presidenciales en México: 2000 y 2006*, México, Política y gobierno, Vol. XIV, Núm. 1, 2007, pp.5-42; Estrada, Luis, *Determinantes y características de los independientes en México 2006* México, Política y gobierno, Vol. XIII, Núm. 1, 2006, pp. 149-173; Somuano, María Fernanda, y Ortega, Reynaldo, “La identificación partidista de los mexicanos y el cambio electoral, 1994-2000”, en *Foro Internacional*, Vol. XLIII, Núm. 1, 2003, pp. 10-38. ; Sonnleitner, Willibald, “De tapados y acarreados, a candidatos y electores: ¿Democratización y/o fragmentación de las cultura(s) e identidades político-partidistas en México « en Blancarte, Roberto, *Culturas e identidades México*, Colegio de México, 2010

profundos conflictos históricos y los procesos de democratización se relacionan con movimientos sociales estructurales, en contextos de expansión y consolidación del Estado-Nación— ser aplicados a los procesos políticos contemporáneas de México, en un contexto de “globalización” y re-estructuración económica, de expansión de los mercados, de fragmentación socio-política y de “achicamiento” de los actores públicos?

Lejos de ser una excepción, el de Chiapas es quizás un caso extremo que, por su radicalidad, revela e ilumina una complejidad todavía mayor en el nivel nacional, en uno de los territorios más diversos, plurales y desiguales del continente latinoamericano.

### ***Sinopsis***

Esta contribución presenta un conjunto de elementos teórico-metodológicos y empíricos sobre la diferenciación urbano-rural del voto en México, apoyándose en una serie de investigaciones territoriales y cualitativas sobre las transformaciones recientes del voto en Chiapas, así como en un análisis exploratorio de la geografía seccional de las elecciones federales entre 1991 y 2012.

### **Dr. Willibald Sonnleitner**

Profesor-investigador de El Colegio de México (COLMEX), donde enseña Sociología Política y Sociología Electoral. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), es especialista de geografía electoral y de procesos de cambio democrático en Latinoamérica. Ha publicado numerosos artículos y libros científicos, entre ellos *Democracia en tierras indígenas* (con J.P. Viqueira, COLMEX/CIESAS/IFE, 2000), *Voter dans les Amériques* (con J.M. Blanquer, H. Quanquin y C. Zumello, Institut des Amériques/IHEAL, 2005), *Explorando los territorios del voto: Hacia un Atlas Electoral de Centroamérica* (CEMCA/BID/IHEAL, 2006), *Mutaciones de la Democracia: Tres décadas de cambio político en América Latina* (con S. Gómez-Tagle, COLMEX, 2012) y *Elecciones chiapanecas: del régimen posrevolucionario al desorden democrático* (COLMEX, 2012). Coordina, junto con Sonia Terron, el *Grupo de Investigación en Análisis Espacial en América Latina* de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (Espacio Alacip).